

## **PALABRAS DEL RECTOR JOSÉ NARRO ROBLES DURANTE EL PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS Y ARTES 2014**

**Diciembre 2, 2014**

Buenos días tengan todas y todos ustedes.

Señor Secretario de Educación Pública, licenciado Emilio Chuayffet, muchas gracias por la invitación para asistir y para poder dirigirme a este auditorio.

Señora secretaria de Salud, muy distinguida premiada, una mujer, como hacen falta, destacados premiados, señor Director General del Instituto Politécnico Nacional, señor Rector de la Universidad Autónoma Metropolitana, a las personalidades que se han reunido aquí, premios nacionales de ciencias y artes, miembros del Colegio Nacional, funcionarios del gobierno de la República, a los familiares, amigos, discípulos de los premiados.

Señoras y señores asistentes.

Agradezco sinceramente la invitación para participar en la ceremonia de este premio que se otorga para reconocer y honrar a lo mejor de la inteligencia nacional, para distinguir a quienes han realizado aportaciones destacadas en beneficio del saber, la cultura y el espíritu. Este galardón, el máximo que concede el Gobierno de la República, enaltece a quienes han dedicado sus vidas a crear, reflexionar en diversos campos del conocimiento, las ciencias, las artes y la cultura, pero también convoca a las nuevas generaciones a seguir sus pasos. Una línea de gratitud para los integrantes del jurado y para las instituciones convocantes.

Nuestros premiados forman parte de ese selecto grupo de mexicanos de excepción que han recibido el reconocimiento. El primero fue otorgado a don Alfonso Reyes en 1945 y durante casi setenta años ha sido concedido a personalidades de la talla de nuestros muralistas, Orozco, Rivera y Siqueiros; de Manuel M. Ponce, Ignacio Chávez,

Arturo Rosenblueth, Marcos Moshinsky, Jaime Torres Bodet, Daniel Cosío Villegas, Alfonso Caso, Mario de la Cueva, Beatriz Ramírez de la Fuente, Consuelo Velázquez o los Artesanos de Santa Clara del Cobre por mencionar solo a algunos.

Un día en el futuro, cuando alguien como yo haga el recuento, pondrá de ejemplo a Dolores Castro Varela, Eraclio Zepeda, Arnaldo Coen, Néstor García Canclini, Enrique Semo, Carlos Arias, Mauricio Hernández Ávila, José Mauricio López Romero, Carlomagno Pérez Martínez y a Alberto Vargas Castellano. A todos ellos muchas felicidades.

Hoy más que nunca es importante promover y cultivar los valores laicos que nos unen como sociedad. Estoy seguro de que la cohesión y la estabilidad de las sociedades requieren de la existencia de una ética colectiva compartida y de que los valores que derivan de ella puedan ser debidamente transmitidos a nuestros niños, a nuestros jóvenes.

México está de luto. Para procesar debidamente el duelo, se hace necesario hablar. Es por ello que en los últimos dos meses hemos caído paradójicamente en la convergencia, en la misma ceremonia, de una celebración y del recuerdo de una pena. Hoy no es la excepción.

Es imperativo reconocer que México vive problemas que tienen que ver con la pérdida de valores. Entre ellos destaca la violencia que padecemos desde hace varios lustros. Han sido ya muchos años de una violencia que nos lastima y avergüenza. En particular cuando parece haberse perdido el más elemental aprecio y respeto por la vida humana. Ante ello, la indiferencia no es opción.

Algo hemos hecho mal para llegar a esta condición y es nuestra obligación reflexionar seriamente sobre ello. No debemos permanecer indiferentes ante los horrores de la violencia que nos lastima a todos. La violencia de cualquier tipo, venga de donde venga, no debe ser combatida con más violencia. En algún momento deberemos romper la espiral en que nos hemos ubicado.

Para ello tenemos que parar, hacer un alto, debatir y reflexionar colectivamente. A pesar de la angustia que esta situación genera, no se deben perder la confianza en las instituciones ni la esperanza en tiempos mejores. Si es necesario, hemos de reinventar las instituciones que han fallado.

Debemos solucionar la crisis que hoy vivimos mediante la consolidación de un verdadero Estado de Derecho. De uno en el que se destierren la impunidad y la corrupción; donde las instancias de gobierno y de impartición de justicia cuenten con capacidad, integridad y credibilidad; de uno donde los ciudadanos vivamos seguros y en armonía. Un Estado que garantice que la vida en común transcurre en paz, con estabilidad, con mejores medios para progresar en todos los sentidos, los materiales y los del espíritu, los personales y los colectivos.

La libertad y la seguridad no deben estar en riesgo. La vida debe ser el valor supremo y la existencia segura su consecuencia inmediata. No es posible aceptar un México amedrentado, sumido en el terror, el odio o la venganza.

Los jóvenes, los jóvenes en especial, deben saber que son compatibles la protesta y el trabajo, que los cambios verdaderos no transitan por la vía de la violencia. Que el cambio duradero y de fondo se produce a partir de la inteligencia, el esfuerzo colectivo y la educación; que cerrar escuelas atenta en contra del futuro; que al afectar a terceros o al patrimonio de nuestras instituciones, se nos afecta a todos; que la intolerancia es mala compañera.

Nuestro país requiere discusiones informadas y propositivas para resolver los graves problemas de impunidad, injusticia, violencia y colusión de los aparatos de seguridad y de algunos gobernantes con el crimen organizado. Pero también, porque ahí se ubican las causas, urge avanzar en la solución de problemas históricos como la pobreza, la desigualdad y la exclusión que asfixian. Lo que ahora está en juego es el camino de México para los próximos años y en eso no hay margen para la equivocación.

Vivimos tiempos de polarización extrema. El encono perturba la lucidez y disminuye la capacidad de juicio. Por ello hemos de hacer una pausa y reconocer que solo tenemos un país y que todos debemos responder por su futuro. Estamos a tiempo de recuperar la seguridad de la nación. Si las instituciones se lastiman, no habrá nada para nadie. Es el momento de unir voluntades y esfuerzos, no de dividirnos. Es el momento de reconocer las fallas y de resolverlas. Es el momento de pensar en nuestra Patria.

La vida, el ejemplo y las aportaciones de nuestros premiados, deben servirnos para recuperar el optimismo, para reconocer que México tiene talento, creatividad y valor en su gente. Por ello, felicito una vez más a los premiados y les deseo muchos años de creatividad y de vida ejemplar y de excelencia, como la que han tenido y nos ha traído el día de hoy frente a ustedes.

“Por mi Raza Hablará el Espíritu”.

**-o0o-**